

Presentación

La crisis entre finales del siglo XIX y los albores del siglo XX favoreció la emergencia de un nuevo grupo social, hasta entonces no claramente identificado y reconocido como tal: el de los intelectuales.

Los antecedentes inmediatos de este grupo podemos encontrarlos en la Ilustración con los enciclopedistas, grupo de librepensadores que desempeñó un papel relevante durante la Revolución Francesa, más tarde en las utopías socialistas de Saint-Simon y Owen y, finalmente, en el positivismo y su confianza absoluta en el progreso y en la ciencia, con la firme convicción de Comte de que el futuro correspondería a «los sabios o científicos» porque eran los más aptos y capaces para gobernar.

A su vez, el marxismo hizo una importante contribución al papel de los intelectuales como inteligencia o clase de vanguardia, sobre todo en su vertiente gramsciana, con la función que les confería a los intelectuales orgánicos en su pugna por la hegemonía político-cultural. Para Gramsci, el cometido de un intelectual orgánico era asegurar a su grupo o clase la hegemonía social y el gobierno político. Como funcionarios de la superestructura cumplían una cuádruple función: proporcionar los cuadros técnicos, organizar la visión del mundo de su clase social y legitimarla para sociedad y, finalmente, buscar la cohesión del bloque de poder.

Para este autor, la función del intelectual pasa por un proceso inexorable de saber, comprender y sentir. Este proceso de catarsis gramsciana es uno de los aspectos más importantes de la representación de estos nuevos intelectuales: vincular el conocimiento, la pasión y el compromiso con el pueblo:

El error del intelectual es creer que se puede saber sin comprender y especialmente sin sentir y estar apasionado [...] es decir que el intelectual sólo puede llegar a intelectual (no a puro pedante), si se diferencia y separa del pueblo-nación [...] no se hace política-historia sin esta pasión, es decir, sin esta conexión sentimental entre los intelectuales y el pueblo-nación [...] sólo en este caso, decimos la relación es *de representación* y constituye el bloque histórico¹.

Tanto historiadores y científicos sociales especialistas en el tema coinciden en afirmar que, en Europa, el *affaire Dreyfus* y el manifiesto de Zola «Yo acuso», fueron el punto de partida para el surgimiento de una nueva posición del intelectual ante su sociedad. Esta nueva función social crítica de los intelectuales, surgida a fines del siglo XIX, estaba vinculada al ámbito de la cultura, el periodismo, la universidad, los ateneos. Los intelectuales emergen como un grupo profesionalizado, que vive de la

¹ GRAMSCI, 1970, pp. 152-153.

escritura y de la prensa, realiza proclamas públicas, denuncias colectivas y se identifica como un grupo aparte con una nueva misión histórica que cumplir. El intelectual como grupo con una identidad propia, surgió entonces como una opción contrapuesta al poder establecido, que pretendía encarnar la conciencia de determinados grupos subalternos frente al poder, adquiriendo el compromiso moral de denunciar públicamente la injusticia, la corrupción y las dictaduras, en permanente búsqueda de la verdad, la justicia, la belleza y los valores universales².

A raíz de la crisis finisecular se perfila claramente ese afán regeneracionista de los intelectuales en su sociedad, su nueva función como agentes transformadores de la realidad social, como testigos oculares de la injusticia y, como formadores de la opinión pública a través de la narrativa y del discurso³.

En el caso de España, la emergencia de estos intelectuales ha sido ampliamente abordada por diferentes autores, la mayoría de los cuales hacen coincidir su aparición con la crisis del 98 y la pérdida de las colonias, con el impacto de la I Guerra Mundial, durante la I y II Repúblicas y, sobre todo, a partir del exilio en el año 39⁴.

En el presente dossier, centrado en la relación existente entre los intelectuales y la política en América Latina, interesa resaltar la enorme influencia que la Generación del 98 -especialmente Unamuno, Azorín, Ganivet, Posada, Altamira, Pi y Margall y Maeztu - tuvieron en la representación del intelectual de la época. Este intelectual, en su vertiente de crítica contra el Estado, elabora el diagnóstico sobre los males de la sociedad, forja la opinión pública, crea un discurso hegemónico y, por ende, constituye un referente para gran parte de las elites intelectuales latinoamericanas. A ello habría que añadir los estrechos vínculos mantenidos entre muchos de ellos, ya que formaban parte de los mismos movimientos literarios -como el modernismo-, filosóficos -como el vitalismo, el regeneracionismo o la teosofía-, o políticos -como el antiimperialismo o el nacionalismo. Estas interrelaciones entre España y América contribuyeron decisivamente a crear densos y estrechos vínculos, generando amplias redes a través de las cuales hubo una gran circulación de ideas que fueron configurando un imaginario común, una nueva forma de pensar y repensar el papel de los intelectuales en ambos continentes⁵.

De igual forma influyeron algunos intelectuales que, con un planteamiento espiritualista, se cuestionaban el quehacer intelectual: Henri Barbusse, Anatole France, Roman Rolland, entre otros, se opusieron a la política partidista, a las dictaduras, a la barbarie de la I Guerra Mundial, y abogaron por un discurso ético-moral que permitiera recuperar la esencia del ser humano y devolviera a los individuos «la claridad» de las ideas, a través de la búsqueda de la verdad, la belleza y la justicia⁶. Su discurso iba dirigido a los jóvenes de toda América Latina, para que recuperasen sus raíces latinas y cumpliesen una misión “salvadora y regeneradora de la humanidad”.

² En esta misma línea de intelectual comprometido con su realidad y con los principios de la justicia se encuentra el trabajo de BENDA, 1980.

³ CHRISTOPHE, 1990; GOULDNER, 1980

⁴ GONZÁLEZ ALCANTUD - ROBLES EGEA, 2000. ABELLÁN, 1989 y 1993. FUSI, 1999.

⁵ BIAGINI, 1995. Este autor plantea la enorme importancia de los intelectuales españoles del exilio en Argentina y en general en América Latina.

⁶ FRANCE - BARBOUSSE, 1921, pp. 2-3.

Podemos afirmar que tanto la red de intelectuales europeos como latinoamericanos compartían una serie de rasgos de afinidad. Un rasgo común de los intelectuales de esta generación finisecular era, como opina Félix Ortega, su diletantismo intelectual, entendiéndolo como la tendencia a opinar de muchos temas sin reglas, método o teoría apropiada. Generalmente eran escritores polifacéticos que escribían y opinaban sobre cualquier cuestión, en muchas ocasiones sin conocimiento de causa, mezclando a menudo literatura y ensayo, ensayo, poesía y filosofía, y todas estas disciplinas con el periodismo, teniendo como resultado la emisión de unas opiniones en muchos casos bastante superficiales, cuando no banales⁷. Casi todos ellos pertenecían a distintos movimientos culturales y filosóficos, a diferentes «ismos»: modernismo, expresionismo, hispanismo, vitalismo, espiritualismo, etc. En general, compartían la pasión por la escritura, el arte y las ciencias, siendo conscientes de que, a través del manejo de la prensa y del discurso nacional e internacional, estaban forjando una opinión pública y ejerciendo una enorme influencia en la construcción nacional⁸.

Otro rasgo común era la plena conciencia de su identidad como intelectuales y el papel redentor y regenerador que les había tocado desempeñar en su sociedad. Ello hacía que adquirieran un enorme protagonismo y una gran resonancia de sus discursos que, a través de la difusión de diferentes redes y espacios de influencia hacían llegar a la «humanidad», mediante manifiestos internacionales, sermones laicos, ligas unionistas, apristas comiternistas o antiimperialistas. En todas ellas se entreveía su gran cosmopolitismo y una misión redentora.

Resulta menos conocido, pero no por ello menos importante, el enorme impacto que produjo en todos ellos el conocimiento de Oriente y de las grandes doctrinas y filosofías hinduistas y teosóficas. Desde otra óptica, estas corrientes también tuvieron un fuerte componente vitalista, espiritualista, regeneracionista, anticolonialista y nacionalista, y reforzaron los mecanismos de interacción entre Oriente y Occidente a través del pensamiento filosófico de personajes como Krishnamurti, Vivekananda, Jinarajadasa o Ghandi, quienes influyeron notablemente en estas élites intelectuales de la primera mitad del siglo XX y que, curiosamente, provocaron una buena amalgama e hibridez con las teorías en boga en Europa y América⁹.

Para el caso de América Latina, cabría preguntarse en qué momento los intelectuales se constituyeron y fueron reconocidos como grupo de poder e influencia con una identidad propia y, en qué momento tomaron conciencia de sí mismos y de su función pública; qué acontecimientos regionales y nacionales provocaron esta emergencia y -como dice Charles Cristophe- cuándo adquirieron el derecho al escándalo y a la asociación, la conciencia de su influencia y su capacidad para crear redes y espacios de sociabilidad propios¹⁰. Para Devés Valdés ese momento en la región lati-

⁷ ORTEGA, 2000, pp. 45-46.

⁸ Sobre este nuevo intelectual, véase SAID, 1996 y ALTAMIRANO, 2008. Estos textos centran sus análisis en la emergencia de aquellos intelectuales que, a partir de fines del siglo XIX y principios del XX, forjan opinión pública a través de actividades asociativas, nuevos espacios de sociabilidad y prensa periódica.

⁹ CASAÚS ARZÚ - GARCÍA GIRÁLDEZ, 2005; DEVÉS VALDÉS - MELGAR BAO, 1999.

¹⁰ CHRISTOPHE, 1990.

noamericana estuvo marcado por la crisis finisecular, y la toma de conciencia de la identidad latina coincide con la obra de Rubén Darío y de José Rodó. A su juicio, fue el *Ariel* de Rodó la obra que generó la primera red de intelectuales entre Europa y América Latina, especialmente influidos por Francia y España¹¹.

Coincidimos con Devés Valdés en que fue el *Ariel* de José Rodó la obra que marcó un punto de inflexión de lo que iba a ser el papel de los intelectuales latinoamericanos y de la nueva concepción de los valores culturales y morales de ese grupo, abriendo nuevos caminos para la recuperación de la identidad cultural de lo hispano-latinoamericano frente a lo anglo-norteamericano; pero no menos importancia tuvo - a nuestro juicio- la influencia intelectual de *Nuestra América* de José Martí, *Las Fuerzas Morales* y *El Hombre Mediocre* de José Ingenieros, *La raza cósmica* de José Vasconcelos, la *Misión de América* y el *Mínimum Vital* de Alberto Masferrer.

A partir de *Ariel* (1900) y de *Motivos de Proteo* (1919), obras en las que Rodó expone la doctrina de la renovación espiritual, emergió en la región una masa crítica de intelectuales que se reconocían a sí mismos y eran reconocidos como tales por su sociedad. A partir de entonces se establecieron entre ellos densos vínculos regionales, a través de organizaciones sociales y políticas que entablaron relaciones mediante la publicación de manifiestos, periódicos y semanarios, libros conjuntos, ateneos, encuentros nacionales e internacionales de jóvenes, universitarios, congresos pedagógicos, ligas anti-imperialistas y pacifistas. Estas elites desempeñaron un papel relevante en la reformulación de los imaginarios nacionales, en la articulación de las identidades continentales, regionales y nacionales, en la creación de nuevos espacios públicos y culturales que les sirvieron de tribunas o foros para pugnar por la hegemonía de sus ideas sociales y políticas¹².

En la medida en que se ha dado poca importancia a aquellas redes intelectuales subalternas que estuvieron vinculadas a movimientos contra hegemónicos, que cuestionaron el estado liberal, el positivismo y sus presupuestos racialistas, hemos querido dar espacio en este dossier a las redes de intelectuales apistas, comiternistas y espiritualistas que intentaron forjar un modelo de intelectual comprometido con la lucha política y los sectores subalternos, como fue el caso de Sandino, Martí, Masferrer, Froylan Turcios, o las redes comiternistas, todos ellos comprometidos con causas similares en sus países o regiones -la pobreza, la inequidad, la injusticia-, muchos de ellos involucrados en la construcción de Nuestra América y, con una clara posición anti imperialista.

A nuestro juicio, esta nueva representación del intelectual cumplió un papel decisivo en la formulación de un discurso estructurado y coherente acerca de la identidad nacional, de la naturaleza y la esencia de la nación. Fueron sin duda estas generaciones de intelectuales las que contribuyeron a rescatar los valores culturales de «nuestra América» y a recuperar el pasado histórico de las culturas prehispánicas y

¹¹ DEVÉS VALDÉS, 2007.

¹² A pesar de que Miller considere que la influencia de estos intelectuales no fue tan importante en la formación de las naciones, nosotros coincidimos con Plotkin y González Leandri en el papel esencial que desempeñaron en la construcción de los Estados Nacionales. MILLER, 1999. PLOTKIN - GONZÁLEZ LEANDRI, 2000.

contribuyeron a formar un proyecto de nación étnico-cultural. Fueron autores como Rodó, Mistral, Martí, Sandino, Masferrer, Ingenieros y Vasconcelos quienes desde la literatura, el periodismo y el ensayo contribuyeron a forjar un nuevo imaginario nacional y regional, recuperaron el pasado histórico de nuestro pueblo y contribuyeron a redefinir las complejas relaciones entre la cultura, la sociedad, la política y el Estado. En resumidas cuentas, adquirieron un nuevo compromiso frente a su sociedad y especialmente frente a los grupos subalternos, haciéndose portavoces de sus demandas.

Algunos de ellos, por su cosmopolitismo y por su afán redentor, trascendieron los límites de las fronteras nacionales y se convirtieron en guías espirituales para toda la región. Tal fue el caso de José Ingenieros y Juan B. Justo para Argentina, Mistral y Recabarren en Chile, Haya de la Torre y Mariátegui en el Perú, Vasconcelos y Flores Magón en México, José Martí y Mella en Cuba, Sandino y Mendieta en Nicaragua, García Monge y Brenes Mesén en Costa Rica, Masferrer y Salarrué en El Salvador, Gómez Carrillo y Arévalo Martínez en Guatemala, y José Cecilio del Valle para toda Centroamérica. Otros sirvieron de enlace y mediación entre intelectuales europeos e hispanoamericanos, como García Monge en Costa Rica con su revista *Repertorio Americano*, Gabriela Mistral con las asociaciones homónimas -“Sociedad Gabriela Mistral”-, Vasconcelos en México con las Universidades Populares. Otros, como el argentino Francisco Moreno, actuaron en el ámbito de la ciencia y las exploraciones científicas y representaron una función relevante de mediación entre científicos europeos, norteamericanos e hispanoamericanos.

Esta amplia red de intelectuales relacionados estrechamente entre sí crearon un espacio cultural y político diferente del anterior, en donde la circulación de ideas y las influencias intelectuales de ida y vuelta entre Europa, Oriente y América fueron mucho mayores y fructíferas de lo que hasta el momento se ha subrayado, siendo uno de los objetivos de este dossier resaltar tales influencias y el surgimiento de ese nuevo estilo de intelectual comprometido con su realidad.

Junto a estos intelectuales vinculados orgánicamente con el pueblo coexistía otro modelo de intelectuales, más apegados a las ideas del despotismo ilustrado, del positivismo; un tipo de intelectual ilustrado decimonónico, cuya representación pública está más cerca de la descrita por Comte, como los filósofos o los científicos, un tipo de sacerdocio seglar cuya función estaba vinculada exclusivamente al conocimiento objetivo de la realidad, al saber científico o lo que Goldfarb denomina el intelectual cívico y apolítico. Esta comunidad epistémica que surge en torno a la ilustración y al positivismo, representa el contrapunto del otro tipo de intelectual y desde el inicio se producen fuertes debates sobre cuál debe de ser su función. En éste dossier aparecen figuras representativas y de talla internacional, como José Cecilio del Valle en Centroamérica y, Francisco Moreno en Argentina¹³.

Por último, cabría resaltar la relevancia metodológica que ha aportado el concepto de *redes intelectuales*. Definido como “el conjunto de personas ocupadas en los quehaceres del intelecto que se contactan, se conocen, intercambian trabajos, se

¹³ Sobre estos debates, SAID, 1996; CANCINO, 2004. A juicio de Cancino estos intelectuales “modernos, ilustrados o positivistas, manifestaban una posición de distanciamiento con el pueblo”, p.13. GOLDFARB, 2000.

escriben, elaboran proyectos comunes, mejoran los canales de comunicación y sobre todo establecen lazos de confianza recíproca”¹⁴, el concepto de red intelectual ha sido ya utilizado con anterioridad en sus respectivas áreas temáticas y espaciales por varios investigadores presentes en este dossier: tal sería el caso de Devés Valdés para Chile, Pita para Argentina, Melgar Bao para México, Centroamérica y Perú o, Casaus y Giráldez para Centroamérica. El recurso a un método común para abordar otro tipo de redes, como las teosóficas, las arielistas, las cominternistas, las apristas, las espiritualistas o las unionistas, ha permitido unificar criterios y conocer más en profundidad las diferentes comunidades epistémicas en periodos determinados¹⁵.

La importancia del trabajo de redes sociales, o fragmentos de red, radica en la posibilidad de calibrar e incluso medir el complejo sistema de vínculos y la circulación de bienes y servicios, materiales e inmateriales, que se establecen entre los diferentes miembros que las integran; pero también permite conocer la red de sociabilidad que se establece entre los mismos, los espacios culturales y simbólicos del grupo, así como sus mecanismos de funcionamiento y representación y sus estrategias para lograr la hegemonía político-cultural en momentos determinados.

La elección de un periodo de larga duración, de 1820 a 1940, permite centrar la atención en contextos histórico-políticos en los cuales los intelectuales desempeñaron funciones diferentes en la sociedad y, se relacionaron de manera distinta con el estado. Lo que resulta común a todos ellos es su deseo de transformar la realidad y de mejorar la condición de sus ciudadanos. Casi todos ellos imaginaron la nación y la comunidad científica en función de nuevas ideas o ideologías procedentes de Europa y de Norteamérica, pero transformándolas, haciéndolas propias y, en más de una ocasión, aportando nuevos conocimientos y propuestas.

Lo que parece evidente es la modificación de la representación del intelectual en el tránsito del siglo XIX y el XX; en un primer momento el intelectual está más cerca de la figura del sabio, que toma distancia de la política y del pueblo para ejercer su papel de científico, pero a medida que el tiempo avanza con mayor frecuencia es el intelectual quien habla en nombre del pueblo, que se identifica con el pueblo y que asume la bandera de la lucha en defensa de las clases oprimidas.

Estos intelectuales crearon modelos y conformaron movimientos sociales y políticos que se expresaron de manera diferente en cada región, pero que tuvieron en común la participación en movimientos contra hegemónicos de larga duración, que nosotros hemos bautizado como el lenguaje de los «ismos»: el positivismo, el unionismo, el antiimperialismo, el espiritualismo, el cominternismo, el regeneracionismo. Estas corrientes de pensamiento marcaron una época de la historia latinoamericana especialmente fructífera en el campo de la historia intelectual y conceptual. A su vez, dotaron de identidad y significado a un periodo de la historia cultural, en el que la nueva función y representación del intelectual sería clave en la creación de nuevos imaginarios nacionales y, en la construcción de nuevas identidades étnicas, de género y clase.

¹⁴ DEVÉS VALDÉS, 2007.

¹⁵ *Ibidem*, p. 13; CASAÚS ARZÚ - GARCÍA GIRÁLDEZ, 2005, p. 3.

PLAN DE LA OBRA

Los artículos que a continuación presentamos cubren un período de más de un siglo y tienen en común mostrar la nueva función de los intelectuales vinculados con la ciencia, la cultura y el Estado, unas veces oponiéndose y otras trabajando para él.

Teresa García Giráldez analiza de forma magistral el pensamiento de uno de los intelectuales centroamericanos más brillantes de principios del XIX. José Cecilio del Valle, un conservador-liberal o un republicano ilustrado, escribió el Acta de Independencia centroamericana y diseñó el primer proyecto de Patria Grande, la Patria Centroamericana, que posteriormente daría lugar a la Unión de Repúblicas del Centro América y al movimiento unionista de fines del siglo XIX y principios del XX. García Giráldez contrapone esta figura a la de otro gran intelectual guatemalteco, Antonio Batres Jáuregui, de corte más liberal y positivista, para así analizar dos diferentes modelos de nación y de formas de gobierno, uno partidario del federalismo y otro del centralismo. La autora expone, asimismo, la visión de ambos sobre la educación de los nuevos ciudadanos y, el lugar que los indios deberían ocupar en los proyectos nacionales.

El artículo de Mónica Quijada resulta muy interesante porque muestra la vinculación de los sabios y de los científicos con las nuevas ciencias, como la prehistoria y la antropología, así como el papel relevante que desempeñan en la creación de los museos nacionales; en este caso el Museo de Ciencias Naturales de la Plata, del que fue fundador Francisco Moreno. El texto muestra, por un lado, la estrecha relación del personaje con otros científicos de renombre internacional, como el francés Paul Broca fundador de L'École d'Anthropologie con el que mantuvo una relación personal y fluidos intercambios científicos; por otro, pone de manifiesto la interacción entre ámbitos científicos aparentemente alejados –como París y Buenos Aires–, siendo difícil precisar el alcance de las influencias mutuas generadas en esa comunidad epistémica. Lo que surge de este trabajo es un panorama de integración científica entre Europa y América muy alejado de las conceptualizaciones jerárquicas al uso.

Los intelectuales estudiados en los restantes artículos tienen en común su manifiesta implicación personal con la realidad circundante, respondiendo todos ellos a la figura del intelectual latinoamericano comprometido con las clases subalternas, vinculado a luchas políticas y de clase, profundamente antiimperialista, y convencido del valor esencial de la opinión pública como instrumento básico en la difusión de sus ideas.

El artículo de Alejandra Pita resulta enormemente relevante al presentar de forma clara la figura del intelectual moderno, “que crea su propio perfil de intelectual, a partir de su capital simbólico y no del lugar tradicional en donde se reclutaba a la elite intelectual”. A través de un recorrido retrospectivo de los homenajes que le hicieron a José Ingenieros tras su muerte, Pita reconstruye esta representación del intelectual comprometido con su realidad y con las clases populares, empeñado en generar una opinión pública a través de la prensa, revistas y otros medios de comunicación que dieran a conocer las nuevas ideas de la época. Sin duda Ingenieros, a través de su vida política, de su crítica a las clases dirigentes y de su producción literaria, es uno de los ejemplos de intelectual comprometido a los que harán

referencia el resto de intelectuales de la época. Personajes como Cesar Augusto Sandino, Alberto Masferrer, Martí, García Monge, recurrirán a la guía espiritual de esta figura.

Carlos de Gregorio sigue un camino similar al de Teresa García Giraldez, al hacer un estudio comparativo de dos intelectuales centroamericanos comprometidos con la lucha política y las demandas sociales de sus pueblos, Sandino en Nicaragua y Masferrer en El Salvador, poniendo de manifiesto que la raíz de sus demandas sociales de carácter socialista o anarquista y sobre todo su antiimperialismo, poseen una vertiente de corte espiritualista o teosófica que influye notablemente en su pensamiento. De Gregorio plantea que el antiimperialismo y el nacionalismo de Sandino y de Masferrer tuvieron su fundamento en el *arielismo* y en el *vasconcelismo*; estos «ismos» marcan buena parte de los movimientos culturales y de las luchas sociales centroamericanas de los años 20 y 30.

Marta Casaus Arzú hace énfasis en el modelo de intelectual regeneracionista comprometido con su realidad y forjador de opinión pública. En el texto resalta el aporte que la teosofía y el espiritualismo tuvieron en la construcción de los nuevos modelos de nación étnico-cultural a principios del siglo XX. Retomando la figura de Alberto Masferrer, como intelectual guía en la región, pone de manifiesto la influencia en su pensamiento de otros espiritualistas como Tolstoi, George, Krishnamurti y Rolland. En un contexto intelectual de pugna por la hegemonía entre positivistas y espiritualistas, estos intelectuales oponen el concepto de raza al de cultura y buscan las bases de una nueva identidad Latina o Hispana. Este regeneracionismo espiritualista se encuentra también presente en el discurso de las elites indígenas de Guatemala.

Por último, Ricardo Melgar Bao muestra en su minucioso trabajo un modelo de intelectual aún más comprometido con su pueblo, integrado en redes y partidos comunistas en Centroamérica, “más vinculado al campo político que al intelectual”. Podemos decir, en términos gramscianos, que éstos sí son intelectuales orgánicos a su clase y que desempeñan un papel muy importante en la formación de las redes comiternistas, apristas y antiimperialistas en toda América Central. A Melgar le interesa hacer énfasis en estas redes regionales en las que aparecen entrelazados con densos vínculos personajes como Velásquez, José Martí, Farabundo Martí, Salarrué, Masferrer y otros intelectuales vinculados por la lucha de Sandino y por el antiimperialismo militante de la época. Desarrolla los rasgos fundamentales de estos intelectuales comiternistas, como su cercanía con las juventudes internacionales y con la lucha de los Pueblos, que exhiben un estilo de vida proletaria antiburguesa y un tipo de lecturas comunes además de una propagación de sus ideologías mediante libros, revistas y propaganda política. El elemento común que les une a los otros intelectuales no orgánicos es la lucha antiimperialista y el proyecto unionista que les vincula con José Cecilio del Valle, Sandino y Masferrer.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ABELLÁN, José Luis
 1989 *Historia crítica del pensamiento español*. tomo V (I). *La crisis contemporánea (1875-1936)*. Madrid. Espasa Calpe.
- 1993 “La hispanidad, España e Hispanoamérica”. En MENÉNDEZ PIDAL, Ramón (fundador). *Historia de España*. tomo XXXIX. *La Edad de Plata de la cultura española*. Madrid. Espasa Calpe, pp. 716-760.
- ALTAMIRANO, Carlos (dir.)
 2008 *Historia de los intelectuales en América Latina*. Buenos Aires. Katz.
- BENDA, Julien
 1980 *The treason of the intellectuals*. Londres. Norton.
- BIAGINI, Hugo
 1995 *Intelectuales y políticos españoles a comienzos de la inmigración masiva*. Buenos Aires. Centro Editor de América Latina.
- CANCINO, Hugo
 2004 “Introducción”. En CANCINO, Hugo (coord.). *Los intelectuales latinoamericanos entre la modernidad y la tradición siglos XIX y XX. Cuadernos de AHILA*. Madrid-Frankfurt am Main. nº II, pp. 9-19.
- CASAÚS ARZÚ, Marta - GARCÍA GIRÁLDEZ, Teresa
 2005 *Redes intelectuales centroamericanas e imaginarios nacionales, 1820-1930*. Guatemala. F&G editores.
- CHRISTOPHE, Charles
 1990 *Naissance des “intellectuels”: 1880-1900*. Paris. Les editions de Minuit.
- DEVÉS VALDÉS, Eduardo
 2007 *Redes intelectuales en América Latina. Hacia la constitución de una comunidad intelectual*. Colección Idea. Santiago de Chile. Instituto de Estudios Avanzados.
- DEVÉS VALDÉS, Eduardo - MELGAR BAO, Ricardo
 1999 “Redes teosóficas y pensadores (políticos) latinoamericanos, 1910-1930”. *Cuadernos Americanos*. México. vol. 6. nº. 78. Nov-Dic., pp. 137-152.
- FRANCE, Antole – BARBUSSE, Henri
 1921 “Mensaje a los estudiantes y a la juventud latinoamericana”. *Revista Studium*. Guatemala. marzo-abril, pp. 2 y 3.
- FUSI, Juan Pablo
 1999 *Un siglo de España. La cultura*. Madrid. Marcial Pons.
- GOLDFARB, Jeffrey C.
 2000 *Los intelectuales en la sociedad democrática*. Madrid-Cambridge University Press.
- GONZÁLEZ ALCANTUD, José Antonio - ROBLES EGEA, Antonio (eds.)
 2000 *Intelectuales y ciencias sociales en la crisis de fin de siglo*. Granada. Anthropos.
- GOULDNER, Alvin
 1980 *La formación de los intelectuales y el ascenso de una nueva clase*. Madrid. Alianza.

GRAMSCI, Antonio

1970 *Introducción a la filosofía de la praxis*. Barcelona. Península.

MILLER, Nicola

1999 *In the Shadow of the State. Intellectuals and the Quest for National Identity in Twentieth- Century Spanish America*. Londres. Verso.

ORTEGA, Félix

2000 “Intelectuales y modernidad, en torno al 98”. En GONZÁLEZ ALCANTUD - ROBLES EGEA (eds.), pp. 43-58.

PLOTKIN, Mariano - GONZÁLEZ LEANDRI, Ricardo

2000 *Localismo y globalización: Aportes para una historia de los intelectuales en Iberoamérica*. Madrid. CSIC.

SAID, Edward

1996 *La representación del intelectual*. Barcelona. Paidós.